

COLECCIÓN HISPANIOLA, 58

MÍRAME

© De los textos, Manuel Alberca

© Confluencias, 2025

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 979-13-991021-3-0

Depósito legal: AL 6263-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

MANUEL ALBERCA

MÍRAME

Enigma y razón de los autorretratos



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Este libro está dedicado a
Aurelio Verde Irisarri,
Joaquín González Cuenca,
Adelino Álvarez y
Miguel Cortés Arrese

In memoriam

ÍNDICE

PASIÓN POR LOS AUTORRETRATOS	13
I. JUEGO DE MIRADAS	23
¿Autorretrato?	25
Dos miradas	39
El tiempo elástico: excepciones a la regla	53
II. DEL AUTORRETRATO AL <i>SELFIE</i>	
Breve historia de la representación del yo	63
Muerte por <i>selfie</i>	97
El bosque oculta el árbol...	103
III. NADIE CONOCE SU CARA	
Conocerse y pintarse	111
¿Quién soy yo?	117
Un extraño y misterioso reflejo	122
Juego de espejos	132
El rostro y la máscara	143

IV.	LA INTIMIDAD EXPUESTA	
	Narcisos de pincel y paleta	153
	<i>Memento mori</i>	162
	Burla, escarnio y penitencia	175
	Vanagloria, promoción, reivindicación	182
	Goya a la conquista de la corte	195
	Luis Paret, destierro y autorretrato	202
	Aprendizaje, diversión y experimentación	208
	Yo y mi circunstancia	213
V.	A TRAVÉS DEL ESPEJO	
	Cazando autorretratos	219
	Reacciones	233
	Nuestro autorretrato	257
VI.	GALERÍA DE FAVORITOS	
	Sofonisba, la primera dama del autorretrato	271
	Rembrandt, una autobiografía sobre lienzo	288
	Courbet: ejercicios para depurar el ego	306
	James Ensor, el rey de las máscaras	326
	Munch, autorretrato sin fin	
	de un alma angustiada	342
	Egon Schiele, el exhibicionista místico	361
	Frida Kahlo en su doble martirio	382
VII.	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	401
VIII.	ÍNDICE ONOMÁSTICO DE ARTISTAS	409

MÍRAME

Enigma y razón de los autorretratos



Rembrandt, *Autorretrato con bastón* (1658)

PASIÓN POR LOS AUTORRETRATOS

Con frecuencia las pasiones se convierten en obsesiones y, si no se airean higiénicamente, las obsesiones se enquistan y cronifican, hasta convertirse en estigmas de dolor y sufrimiento. La única manera de cortar este bucle fatídico es verbalizar las pasiones, expresarlas, sacarlas fuera. Así nos liberamos de ellas. Pero no voy a ponerme dramático, porque las pasiones también producen placer.

Durante años he alimentado secretamente una pasión que no me daba más que satisfacción. Hoy ha llegado el día de hacerla pública, de reconocerla y compartirla felizmente con ustedes: la pasión por los autorretratos. Me domina solo en las visitas a museos, exposiciones de pintura, fotografía, escultura, dibujo, etc.; rebuscando en las tiendas de arte y librerías especializadas, entre los libros, catálogos, revistas o cualquier publicación. En estas circunstancias, busco siempre autorretratos. Todos los autorretratos, y de cualquier disciplina artística y estilo. Es decir, me he convertido en un coleccionista

compulsivo de postales, fotos, cartulinas, recortes de prensa, catálogos, libros, en general, reproducciones de cualquier tipo de obras en las que un artista se representa a sí mismo.

Me tranquiliza que esta pasión tenga ilustres precedentes que le redimen a uno más que cualquier terapia o tratamiento psicológico. En el siglo XVII, el cardenal Leopoldo de Medici, cuando era aún joven, a los 18 años, comenzó su colección de autorretratos; en realidad, en aquel momento todavía no existía la palabra, que aparecería en el siglo XIX en la mayoría de las lenguas europeas. Llegó a reunir en torno a ochenta de los más destacados pintores italianos. A su muerte en 1675, se haría cargo de la colección su sobrino Cosme III de Medici, duque de Toscana, que la conservaría y la uniría a la suya, incorporando también pintores de otros países europeos. Por ejemplo, Cosme compraría un autorretrato al mismísimo Rembrandt pocos meses antes de que el genio de Leiden muriera en Ámsterdam.

La colección del florentino, continuada posteriormente por sus sucesivos herederos, se convertiría en una referencia para los artistas del género y todos aspirarán a formar parte de tan prestigiosa colección de autorretratos. En 1865 esta colección se integró en la Galleria Uffizi de Florencia, instalándose posteriormente en el famoso Corridoio vasariano, que une, sobre el puente Vecchio, el museo con el palacio Pitti. Aunque, desde hace unos años dicho corredor se encuentra cerrado por reformas, es de esperar que pronto, y en el mismo lugar, los autorretratos vuelvan a verse expuestos con criterios museísticos y expositivos renovados. En honor a la verdad dicho corredor seguirá mereciendo

el título de meca del género con sus más de dos mil cuadros. A esta gran colección, cabe añadir la que se ha formado del mismo género en la National Gallery Portrait de Londres, con un número parecido a la italiana, pero sin llegar a la excelencia de esta. En nuestro Museo del Prado, sin buscarlo tal vez de manera deliberada, se ha llegado a reunir una centena larga de autorretratos, algunos de gran calidad artística y relieve histórico incuestionable (Alberca, 2022).

Confieso, por tanto, que disfruto la pasión obsesiva por los autorretratos, que, sea dicho en mi descargo, me libra de la ansiedad y del cansancio de querer abarcar todo el arte que guardan museos y exposiciones. De este modo les propongo a los lectores que me acompañen en este paseo por el mundo de los autorretratos, que incluye también un breve recorrido histórico, que va de los primeros autorretratos a los actuales *selfies*, no sin antes advertirles que mi interés se dirige a los primeros más que a los segundos, pues con pocas excepciones la atracción que me despiertan los autorretratos, se torna aburrimiento en los *selfies*.

¿De dónde me viene esta obsesión? ¿Por qué me apasionan los autorretratos? No lo sé con certeza, pero, como ocurre en cualquier fijación, por benigna que sea, y esta lo es, hay un componente emocional, que te arrastra, sin saber por qué, a dónde no has decidido ir libremente. Por eso, y para intentar comprenderlo, escribo también este libro. O como dice Catherine Millet: «Yo escribo lo que intentaba decir, pero no puedo decir». Comenzaré por confesar que prefiero las obras artísticas de carácter figurativo realista, en las que el cuerpo humano en cualquier actitud ocupa el

centro de la representación. Pero esto con ser relevante, no parece suficiente ni justifica mi predilección por los autorretratos. Además, hay también autorretratos que evitan el modo de representación realista.

Mejor será contar cómo comenzó todo. Hace unos años de manera inopinada, sin premeditación, en las visitas a museos, exposiciones y galerías comencé a fijarme solamente en este tipo de obras. No sé si esto ocurrió para abreviar el tiempo de la visita, para no dispersarme ante tantas obras admirables o simplemente para tener un hilo conductor y no perderme. Tampoco es ajeno a esta elección el hecho de padecer una fascitis plantar provocada por un espolón calcáneo... Así que la necesidad de no castigarme demasiado, y atenuar tan insidioso dolor, se hizo virtud de especialista medio cojo. De esta manera, he visitado, por ejemplo, el Prado y el Thyssen de Madrid, el Louvre y los Uffizzi, los museos de Londres, Berlín y Nueva York, y otros muchos más. Al fin y al cabo, el coleccionista es un cosechero estajanovista, obsesionado por la recolección, que no respeta estaciones ni ciclos y trabaja con un afán de exhaustividad. Ante la imposibilidad de lograrla, y por miedo a perderse o a volverse loco por los confines infinitos del mundo, traza un círculo en la realidad, inabarcable por principio, y se dedica a recorrerlo con el propósito de dominarlo con un perfeccionismo neurótico, desentendiéndose de lo que quede fuera de la circunferencia. Para la mayoría, el coleccionista es una especie de experto en cosas banales, secundarias y prescindibles. En cambio, para el coleccionista ese pequeño mundo, esa esfera en la que se ha encerrado, es el Mundo, su mundo.

Dice Francisco Umbral en su libro *Ramón y las Vanguardias* que el procedimiento literario para apropiarse de lo real, procedimiento ramoniano por excelencia (de Ramón Gómez de la Serna, del 'Ramón' por antonomasia), consiste en trazar una circunferencia, acotar una parcela, para recorrerla después exhaustivamente hasta no dejar nada sin expresar, es decir, sin observar ni describir, hasta someterlo por la mirada a un orden afectuoso y entrañable. Es lo que el propio Ramón llamó en alguna ocasión la «esferificación de lo real». La redondez y el círculo están íntimamente unidos al propio concepto ramoniano de mirada: el círculo con que la vista marca o mide la realidad es el único procedimiento para que la realidad entre en nosotros. Y apostilla Ramón: «No hay cosa más consumada y más total que una circunferencia con los mismos grados, sea pequeña o grande, siempre extensa como el meridiano que pasa por nuestra espina dorsal» (Gómez de la Serna, 1999:170).

De forma parecida, yo había trazado un círculo literario en el que moverme como lector y profesor, como persona y como observador de la vida, la vida escrita de los otros: la auto/biografía. El paso del estudio de la esfera literaria a la de la representación plástica resulta consecuente, pues, como veremos más abajo, ofrece algunas ventajas que no encontramos en la escritura. El autorretrato pictórico tiene algo de prueba o evidencia, en la que el artista se expone a la vista de los demás de manera más directa que en el discurso escrito, entablando un diálogo visual y silencioso con el receptor. Y es precisamente esto lo que, creo, los hace atractivos. Los buenos autorretratos tienen un

carácter enigmático, que sobrepasa el realismo o la reproducción mimética del modelo para convertirse en una compleja y contradictoria interrogación lanzada al espectador: ¿Soy este yo? ¿Cómo me ves tú?

Por tanto, este libro debería servir, sobre todo, para comprender cómo funciona este género pictórico. ¿Por qué y para qué se retratan los pintores? ¿Cuáles son las reglas de este género? ¿Qué clase de demandas le hace al espectador? ¿Qué espera este de un autorretrato? Detrás de una imagen hay casi siempre un misterio por desvelar. También, cuando miramos un autorretrato, nos surgen casi siempre preguntas e incógnitas acerca del rostro y la figura que estamos contemplando. Es sabida la dificultad que el género humano tiene para conocerse a sí mismo. De modo parecido, pienso que, para el pintor y para el artista en general, representarse a sí mismo debe de entrañar una dificultad similar. Encuentro en el autorretrato una metáfora o correspondencia plástica del desiderátum que se encierra en la máxima socrática del «conócete a ti mismo». Para el autorretratista la representación artística de su cuerpo constituye una suerte de desafío irrenunciable a pesar de que esto se presente como un objetivo imposible e inalcanzable. El hecho de que la cara y buena parte de nuestro cuerpo nos resulten inaccesibles a la vista, y que solo podamos observarlos parcialmente, de modo invertido y mediatizado a través del espejo o de otros medios (fotografías, videos, pantallas o cámaras), nos advierte de la dificultad del autorretrato, y de ahí, de los obstáculos, nazca tal vez la atracción que ha ejercido y ejerce en pintores y artistas. Representar el rostro y el propio cuerpo de manera plástica es cualquier cosa

menos una operación mecánica o directa, sin duda más compleja y reflexiva de lo que a simple vista pudiese parecer. Exige dedicación y estudio. El rostro humano, tan expuesto, visible y determinante en cualquier intercambio o relación social, resulta un enigma, incluso un misterio, para uno mismo. Es un conocimiento, el de propio rostro, el del cuerpo también, vedado o limitado, alcanzable solo parcialmente, como decía arriba: imposible el desdoblamiento de ser simultáneamente sujeto y objeto de nosotros mismos.

Lo que sigue es un intento de esclarecer esta incógnita y de saber, si es posible, por qué me obsesiona esta disciplina artística, tan variada y plural en sus formas y pretensiones, así como exponente plástico de la diversidad de los seres humanos y de su idiosincrasia. Por tanto, inevitablemente este recorrido por los autorretratos y sus interrogantes es también una suerte de indagación personal. A la atracción que ejercen los autorretratos sobre mí mismo como espectador, no le encuentro otra explicación que la que padece el cautivo cautivado, una suerte de síndrome de Estocolmo de la devoción por la pintura. Preso en los ojos que me miran y me dominan con su mirada, acabo por comprenderlos en su singularidad, pero, también, por encontrar en ellos un espejo donde reconocirme. La manera en que se ven a sí mismos los pintores es para mí un reflejo en el que mirarme y, salvando las lógicas distancias, una posibilidad de abundar en el conocimiento de uno mismo a través de los otros. Desde esta perspectiva de espectador cabe preguntarse a qué desafíos nos enfrentamos al contemplarlos. Me parece que, cuando observamos al otro, terminamos por

observarnos a nosotros mismos. En definitiva, me mueve el deseo de conocer la razón que anima al autorretratista, convencido de que este ejercicio de autopresentación ayuda a comprender las estrategias de mostrarse y de ponerse en escena ante los otros, pero también para intentar comprender nuestra relación con ellos y para comprendernos a nosotros mismos.

La observación y representación del cuerpo humano y, en especial, del rostro viene de lejos. Entre los primitivos esta práctica tenía sobre todo una función recordatoria, ligada a la muerte, es decir, una manera de hacer presente la figura del ausente, del que había desaparecido para no regresar nunca, y no se le quería olvidar (Simmel, 1986:187-192). Además de su función representativa, desde el punto de vista estético, la reproducción del rostro y el cuerpo humanos, ya sea en la pintura, el dibujo, la escultura o por cualquier otro medio, se basa en el intento de armonizar y dar unidad a una serie de rasgos o miembros diferentes, discontinuos y distantes, como la boca, el cabello, las orejas o la nariz, los ojos y las manos, con sus movimientos y cambios. Es decir, tanto el retrato como el autorretrato unifican y reunifican elementos que, en un principio, percibimos aislada e independientemente al observarlos por separado.

El género del autorretrato, al menos como hoy lo entendemos, es fruto del Renacimiento, que, con su visión antropocéntrica y de culto al individuo creador, alimentó el arte de este periodo, poniendo en el centro la figura del artista. Por primera vez, al menos de manera tan decidida, el hombre se va a considerar dueño y maestro de sí mismo y del mundo. La identidad,

el yo y sus representaciones plásticas estaban llamadas a ocupar un papel destacado en el arte de este periodo. Sin embargo, ello no quiere decir que los artistas y artesanos medievales, e incluso anteriores, no tuviesen conciencia de su individualidad creadora, porque en muchos casos estos solían utilizar su autorretrato a manera de firma; es decir, reproducían su rostro para subrayar la propiedad de la obra que acababan de realizar.

Pero, quizá, el primer y dramático autorretratista fue Narciso, el personaje mitológico, que pereció al quedar fijo y extasiado, contemplándose en el espejo del agua. Atrapado por su propia imagen quedó mortalmente herido. La versión actual del Narciso la representan los autores de *selfies*, que pagan a veces con la muerte su osadía de retratarse en poses y situaciones de riesgo. Según la Fundación iO, desde comienzos de 2008 hasta julio de 2021, se habían contabilizado, al menos, 379 muertes, al tratar de inmortalizar su imagen con el teléfono móvil entre los imprudentes practicantes de esta plaga. Ciegos en su narcisismo, como el personaje mitológico, no vieron el peligro que corrían.

El autorretrato, y su versión actual del *selfie*, unido a la manera de difusión pública en las redes sociales, como Instagram o WhatsApp, es el género pictórico que, tal vez, simbolice mejor (o por antonomasia) esta época nuestra marcada por el deseo de auto-exposición pública, que ha convertido lo tenido por íntimo tradicionalmente en éxtimo y transparente. Basta mirar a nuestro alrededor para comprobar que hay autorretratos por todas partes. No solo en los museos o en las exposiciones de las galerías de arte, sino en la prensa, en la televisión, en el cine, la publicidad o las redes

sociales... Bueno, en la sopa aún no, pero no quisiera dar ideas. Desde el siglo XV, incluso antes, pero sobre todo desde ese siglo, en que los nombres de Van Eyck, Botticelli o Dürer establecen de manera pionera las primeras reglas del género, hasta hoy, los artistas no han dejado de representarse o de hacerse presentes en sus obras y cada vez de manera más proliferante. Quizá no en todos los capítulos de la historia humana hayan experimentado las personas la misma necesidad de conocer, apresar y hasta mejorar su físico, pero el desarrollo del autorretrato demuestra que desde hace seis siglos y en especial en las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI, los artistas, pero no solamente ellos, parecen compelidos a un narcisismo exacerbado.

Para terminar esta presentación diré que este libro, además de una declaración de amor por los autorretratos, es también un acto de reconocimiento y gratitud a sus autores. Los artistas que van desfilando por las páginas que siguen se han arriesgado a mostrarse en sus obras no cómo son, sino cómo se ven. Y esto me parece más arriesgado sin duda que el levantamiento de un acta de realidad. Puede ser un acto de vanidad, narcisismo o megalomanía en algunos casos. No importa, es siempre un regalo para el espectador, que agradece la sinceridad y generosidad de mostrarse con sus defectos, con sus máscaras sociales y disfraces personales, con sus mentiras y errores. En cualquier caso, es una prueba más de la complejidad y riqueza del ser humano. No solo «hablan» de sí, sino que «nos hablan». Se nos ofrecen como un espejo oblicuo en el que mirarnos para conocernos mejor. En la semejanza y en la diferencia. Comencemos.